

DR. AMIT GOSWAMI

# Dios no ha muerto

Lo que la física cuántica nos enseña  
acerca de nuestro origen y de la vida.

*Por el gran protagonista de la película ¿Y tú qué sabes!?*



EDICIONES OBELISCO

## Prefacio

La cuestión de la existencia de Dios, ¿puede resolverse mediante pruebas científicas? En este libro demuestro no sólo que sí se puede, sino que ya se hecho; y a favor de Dios. Pero las pruebas son sutiles, están basadas en el concepto de la *primacía de la consciencia* salido de la física cuántica, que sigue sonando a chino a mucha gente, de modo que el mensaje está penetrando muy lentamente en la consciencia tanto científica como popular. Este libro pretende acelerar la aceptación de Dios una vez más en nuestra sociedad y nuestra cultura.

Al principio es necesario resolver una cuestión. ¿Qué es el «Dios» que la ciencia está redescubriendo? Todo el mundo sabe que incluso las personas religiosas que más hablan de Dios no se ponen de acuerdo respecto a qué es Él. Así pues, ¿está la ciencia redescubriendo un Dios cristiano, un Dios hindú, un Dios musulmán, un Dios budista, un Dios judaico, o un Dios de alguna otra religión menos popular? La respuesta a esto es crucial.

Lo que casi todo el mundo desconoce es que, en el núcleo esotérico de todas las grandes religiones, hay un gran consenso sobre la naturaleza de Dios. Incluso a nivel popular, en su mayoría las religiones coinciden en tres aspectos fundamentales de Dios. En primer lugar, Dios es un agente de causación que está por encima de la causación que tiene su origen en el mundo material. En segundo lugar, hay niveles de realidad más sutiles que el nivel material. Y, en tercer lugar, hay cualidades divinas –el amor es una de las principales– que las religiones enseñan a la gente como una meta de primer orden a la que deben

aspirar. Así que, ¿cómo es el Dios que está redescubriendo la ciencia? Basta decir por ahora que tiene esos tres aspectos primordiales.

Ofrezco dos tipos de pruebas científicas de la existencia de Dios.

El primer tipo es lo que denomino «las firmas cuánticas de lo divino». La física cuántica nos proporciona estos aspectos novedosos de la realidad –las firmas cuánticas–, que para poder entenderlos, explicarlos y apreciarlos, nos vemos forzados a introducir la hipótesis de Dios. Un ejemplo de ello es la no-localidad cuántica: la comunicación sin señales. La comunicación local ordinaria se lleva a cabo a través de señales portadoras de energía. Pero, en 1982, Alain Aspect y sus colaboradores verificaron en el laboratorio la existencia de comunicaciones que no precisan señales. Hasta ahora, la creencia era que tales firmas cuánticas se presentan sólo en el mundo submicroscópico de la materia y que de alguna manera no son importantes para el macroámbito, o nivel prosaico de la realidad. Pero yo demuestro que estas firmas cuánticas también se presentan a este nivel, y que proporcionan pruebas indiscutibles de la existencia de Dios. Distintos grupos de investigación que realizaban experimentos con varios tipos de fenómenos han descubierto dichas pruebas en el laboratorio.

El segundo tipo de pruebas implica lo que las religiones llaman *dominios sutiles de la realidad*. Se podrían incluir muy fácilmente en la categoría de problemas imposibles que requieren soluciones imposibles (desde el punto de vista materialista, claro).

Un ejemplo servirá para aclarar esto. Hace poco ha habido una gran controversia sobre el creacionismo y las teorías del diseño inteligente frente al evolucionismo. ¿Por qué tanta controversia? Porque, aun después de ciento cincuenta años de darwinismo, los evolucionistas siguen sin tener una teoría infalible. No pueden explicar satisfactoriamente ni los datos de los fósiles, en especial las lagunas del registro fósil, ni por qué y cómo la vida parece estar tan inteligentemente diseñada. Esto es lo que deja sitio para la controversia. Una evaluación científica honesta e imparcial de estas teorías y datos muestra lo que sigue.

Ni el darwinismo ni esa posterior síntesis suya con la genética y la biología de poblaciones llamada neodarwinismo explican todos los datos experimentales.

El creacionismo y las teorías del diseño inteligente propuestas tienen poco contenido científico (el creacionismo, apenas ninguno); pero hay datos indiscutibles que apoyan las ideas fundamentales tanto de la evolución como del diseño inteligente (aunque no del creacionismo basado en la Biblia).

La clave aquí es preguntar: ¿hay una alternativa a estos dos enfoques que explique todos los datos? Mi respuesta es sí, y lo demostraré en este libro. Pero requiere la existencia de un Dios con poder causal y de un cuerpo sutil que actúe como un plano para las formas biológicas; y el materialismo no permite ninguno de los dos. No obstante, ¡los problemas imposibles requieren soluciones imposibles!

Otro ejemplo implica el procesamiento de significado. El filósofo John Searle y el físico Roger Penrose han demostrado que los ordenadores sólo pueden procesar símbolos, no el significado de esos símbolos. Para generar y procesar el significado, necesitamos la mente. Pero entonces surge la pregunta: ¿cómo interactúa la mente con la materia? El antiguo problema dualista de la interacción mente-cuerpo todavía nos persigue. Ahí es donde demuestro que la hipótesis de Dios es esencial para resolver el problema de la interacción mente-cuerpo. Y, en este nuevo contexto «imposible», nuestra capacidad creativa para procesar nuevos significados nos da muchas pruebas científicas tangibles de la existencia de Dios.

Si la buena noticia es que tales pruebas de Dios ya están aquí, ¿qué deberíamos hacer al respecto? Bien, primero hemos de reformular nuestras ciencias dentro de la hipótesis cuántica de Dios y demostrar su utilidad fuera de la física cuántica. En este libro, demuestro que esta hipótesis resuelve todos los misterios de la biología sin resolver hasta la fecha: la naturaleza y origen de la vida, las lagunas del registro fósil de la evolución, por qué ésta da lugar a sistemas cada vez más complejos, y por qué los seres biológicos tienen sensibilidad y, misteriosamente, consciencia, por mencionar unos pocos. También descubrimos que, dentro de la hipótesis cuántica de Dios, la psicología «profunda» de Sigmund Freud, Carl Jung y James Hillman, basada en el inconsciente, es complementaria de la psicología «elevada» de los humanistas y transpersonalistas de los últimos tiempos –Carl Rogers,

Roberto Assagioli, Abraham Maslow y Ken Wilber–, basada en la trascendencia o superconsciencia. Ambas psicologías son reconocidas hoy como caminos distintivos hacia la comprensión de Dios en nuestras vidas.

Hay otros aspectos de la hipótesis cuántica de Dios que todos y cada uno de nosotros podemos apreciar e incluso llevar a buen término. Esta nueva ciencia da validez a nuestra actual preocupación con el sentido, aunque la cosmovisión materialista hace todo lo que puede por minarla. De igual modo, es importante que una ciencia enfocada hacia Dios devuelva la ética y los valores a donde deben estar, en el centro de nuestras vidas y sociedades.

Tal vez no nos gusten algunos aspectos de las antiguas religiones que, hasta la fecha, eran las únicas defensoras del concepto de Dios; pero podemos estar de acuerdo en que todas ellas han dado ética y valores (el cultivo de la piedad) a nuestras sociedades. Sin embargo, esto ha sido socavado por la actual cosmovisión materialista, con resultados devastadores para la política, la economía, los negocios y la educación. Con el redescubrimiento científico de Dios, que también hace hincapié en la ética y los valores, se nos ofrece una oportunidad de revitalizar sistemas sociales modernos –como la democracia y el capitalismo– que parecen haberse quedado atascados en dificultades aparentemente insalvables.

La preocupación acerca del sentido, la ética y los valores es importante para la evolución de la humanidad. Mi mensaje final es lo que yo llamo *activismo cuántico*: combinar el activismo acostumbrado para cambiar el mundo con esfuerzos continuos para alinearse con el movimiento evolutivo de la totalidad. Si este último paso requiere nuestra creatividad y dar pasos de gigante en nuestro procesamiento del significado y los valores mientras nos dedicamos a los asuntos del mundo, que así sea. En el peor de los casos, dará nuevo sentido y valor a nuestras vidas; en el mejor, abrirá las puertas a una nueva era de iluminación.

Estoy sumamente agradecido a todas las personas que han contribuido al redescubrimiento de Dios, que es el tema de este libro. Son tantas que es imposible hacer una lista aquí, con una excepción: mi

mujer, Uma, que es también mi compañera en mi actual práctica espiritual. También doy las gracias a todos los activistas cuánticos que han colaborado conmigo en el pasado o lo están haciendo actualmente, y también a aquellos que abrazarán el activismo cuántico en el futuro. Por último, quiero expresar mi agradecimiento a mis editores, Bob Friedman y John Nelson, y al equipo al completo de Hampton Roads por la excelente labor de producción que han realizado en este libro.

# Prólogo

## **Para escépticos**

Antes de presentarte este libro, querido lector, me pregunté a mí mismo cuál sería la reacción a la idea básica expuesta en él por parte de tres tipos de escépticos acérrimos: el científico materialista, el filósofo occidental y por último, pero no por ello menos importante, el teólogo cristiano. De modo que decidí hacer un ejercicio intelectual empleando activamente la imaginación para abordar el escepticismo de estos tres grupos directamente.

En mi imaginación, procedo a crear mi científico de paja. Es un varón estadounidense blanco, ataviado con chaqueta y corbata (aunque esta última con el nudo flojo para denotar una actitud abierta, al estilo del eminente físico norteamericano Richard Feynman). Tiene un aire de despreocupación omnisciente y un puro encendido en la mano (emulando al célebre físico danés Niels Bohr). Y, por supuesto, esboza una sonrisa impaciente y arrogante que recuerda al biólogo estadounidense James Watson, destinada a ocultar su sempiterna inseguridad. Ya está creado, pues, así que procedo a preguntarle esto: «Me propongo presentar un libro sobre las pruebas científicas de Dios. ¿Qué opinas de la idea?».

«No mucho», responde, como cabía esperar. Pero luego da detalles. «Mira, ya he oído hablar anteriormente de tales supuestas pruebas científicas. Fíjate en los creacionistas, por ejemplo. A pesar de todo el ruido que hacen, sus pruebas, cuando las examinas de cerca, están todas basadas en las negaciones de nuestro razonamiento. Son listos, lo admito. Dicen muchas cosas interesantes acerca de los agujeros en

la teoría darwiniana de la evolución, nuestro antídoto contra la llamada ciencia de la creación que ellos profesan. Pero hemos respondido haciendo notar que sus ideas no constituyen ciencia porque no son verificables». Me lanza una mirada desafiante y luego continúa: «Mira, ya sé que lo que quieres es defender la causa de Dios poniendo de relieve todos los defectos de la ciencia materialista a la hora de explicar las cosas. Pero eso nunca funcionará».

Aunque esto no es una parte importante de mi planteamiento, siento curiosidad. «¿Pero por qué?»

«¿Que por qué?» Su sonrisa ahora se hace condescendiente. «Porque, mi idealista amigo, siempre podemos abordar nuestras negaciones mediante la promesa de futuros descubrimientos científicos. Las respuestas flotan en el viento de la futura ciencia»

«Ya, ya» Yo también puedo ser condescendiente. «¿No fue el propio Karl Popper quien despreció eso llamándolo materialismo promisorio?»

Su puro se ha apagado y mi científico se entretiene un rato reencendiéndolo. Da una larga chupada y arroja una nube de humo. A continuación me lanza una mirada penetrante; parece dispuesto a igualarme con su réplica. «¿Qué es Dios?», me pregunta acto seguido.

Pero estoy preparado; le respondo con tranquila confianza: «Dios es el agente de la causalidad descendente».

«Ya salió la respuesta trillada», dice despreciativo. «Creía que tendrías algo mejor que ofrecer. Ya eliminamos a ese Dios hace mucho, porque implica dualismo. ¿Cómo puede un Dios inmaterial repartir la causalidad descendente que afecta a objetos materiales? Toda interacción con el mundo material requiere un intercambio de energía. Pero la energía del mundo material siempre se conserva. No hay energía que fluya hacia Dios o que venga de Él. ¿Cómo es posible eso si Dios está interactuando siempre con el mundo?»

«No me dejaste terminar...»

«Ni tú a mí tampoco ahora», prosigue impertérrito. «Mira esto. No negamos que sintáis la presencia de un Dios todopoderoso en vuestros rituales religiosos. Pero tenemos una explicación para ello: Dios es un fenómeno cerebral. Cuando excitas ciertos centros nerviosos del mesencéfalo con tus rituales, provocas experiencias de una poderosa

fuerza. La causalidad descendente tiene sentido para ti entonces. ¿De acuerdo?»

«No.» Yo también puedo ponerme firme. «Dios es el agente de la causalidad descendente, pero no tiene por qué ser el Dios dualista de antaño. Vuestro problema es que desde Galileo habéis estado combatiendo el Dios de paja del cristianismo popular, que no es para nada la cuestión. La verdadera cuestión es: ¿puede tu modelo de la realidad, con un nivel material de existencia y una causación ascendente desde el nivel de base de la materia (figura 1-1, página 33), explicarlo todo? Y el hecho es que no puede. Tienes que hacer frente a eso.

»Los cristianos de las antiguas tradiciones trataban de explicar todo lo que no entendían por medio de este principio general: Dios y su causalidad descendente. Es una idea muy limitada. La ciencia fue desarrollada para combatir esa idea y para descubrir formas mejores de comprender los datos. Hoy día, vosotros, los científicos materialistas, estáis haciendo lo mismo. Ante cualquier fenómeno inexplicable, o bien lo negáis o tratáis de justificarlo con conceptos trillados como “Dios es un epifenómeno emergente del cerebro” o “Dios es una útil adaptación en la lucha darwiniana por la supervivencia”. Tales ideas no se pueden verificar.»

«Me estás sermoneando», se queja secamente.

«¿Ah, sí? Tú lo hiciste conmigo antes», le digo muy serio. «El Dios del que estoy hablando es *la consciencia cuántica*. Como ya sabes muy bien, en física cuántica los objetos no son cosas determinadas; por el contrario, son posibilidades para que Dios –la consciencia cuántica– escoja entre ellas. La elección de Dios transforma las posibilidades cuánticas en eventos reales experimentados por un observador. Supongo que aceptas la idea de que la consciencia cuántica es científica.»

«Sí, por supuesto. El efecto del observador expectante: los objetos cuánticos son afectados aparentemente por los observadores conscientes o por la consciencia.» Entonces sonrío maliciosamente. «Vino nuevo en una botella vieja, ¿eh? ¿Tratas de hacer que la idea de la consciencia cuántica resulte sugestiva poniéndole el nombre de Dios?»

No está entendiendo lo que quiero decir. «Mira, lo digo muy en serio. La consciencia cuántica es en realidad a lo que nuestros sabios,

los místicos, se refieren cuando emplean la palabra “Dios”. Comienzo mi exposición probando esta idea y haciendo notar que es empíricamente verificable.»

Me interrumpe. «¿Ah, sí? Mira, la observación no es más que una apariencia, y tiene que haber una explicación material para ella. Postular la consciencia real es una conclusión apresurada.» Suena un tanto exasperado.

«Pero suponerlo es coherente desde el punto de vista lógico. En caso contrario te enfrentas a una paradoja.»

«Ya, pero podemos permitirnos unas cuantas paradojas en el camino de nuestras convicciones filosóficas», replica con astucia.

Sigue sin entenderlo. «Mira, lo digo muy en serio. Te repito que la consciencia cuántica es en realidad a lo que nuestros místicos se refieren cuando usan la palabra “Dios”. Déjame que te repita también que es una idea verificable desde el punto de vista experimental.»

Ahora sí me ha oído y se queda con la boca abierta. «¿En serio? ¿Cómo?»

«Mira, desde que el físico Pierre-Simon Laplace le dijo a Napoleón: “No necesito esa hipótesis [de Dios para mis teorías]”, los científicos como tú habéis estado usando ese mismo argumento para refutar a Dios.»

«Y con bastante éxito», me interrumpe.

«Sí, pero ahora es lícito dar un giro radical. Voy a presentar paradojas teóricas y datos experimentales para mostrar que necesitamos verdaderamente la hipótesis de Dios; y no sólo para eliminar paradojas lógicas de nuestras teorías, sino también para explicar muchos datos nuevos. Prepárate.»

Mi científico mira hacia otro lado. Sé que ahora sí le han llegado mis palabras. Los científicos respetan la resolución de paradojas y, sobre todo, los datos experimentales.

Pero vuelve a mirarme y dice maliciosamente: «No esperarás que dejemos a un lado nuestras convicciones sólo por unas pocas paradojas. En cuanto a los nuevos datos, es un tanto aventurado decir que la física cuántica, diseñada para el micromundo, también funciona en el macromundo. A eso es a lo que te refieres, ¿no? Supongo que a con-

tinuación me dirás que esto ya ha sido verificado por experimentos objetivos en el macromundo.»

Le sonrío. «Eso es exactamente lo que te estoy diciendo. Y, en cuanto a la aplicabilidad de la física cuántica al macromundo, habrás oído hablar de los SQUID, ¿verdad?»

Mi científico sonrío ampliamente. «¿Calamares?<sup>1</sup> Mi mujer los pone a veces para cenar. No puedo decir que me gusten demasiado.»

Hago un gesto de resignación con la cabeza. «Ya sabes que SQUID es el acrónimo inglés para *Superconducting Quantum Interference Devices* (Dispositivos superconductores de interferencia cuántica). Es demasiado técnico para ahondar en ello aquí y ahora, pero esos experimentos demostraron hace mucho tiempo que la física cuántica es válida en todo para el macromundo, como debe ser. Además, los experimentos para verificar la existencia de Dios que analizo en este libro son todos ellos macroscópicos. Incluso se han reproducido algunos de los nuevos datos.»

Mi científico parece algo incómodo. «Escúchame. Nunca vamos a aceptar como ciencia lo que estás haciendo. ¿Y sabes por qué? Porque la ciencia, por definición, busca explicaciones naturales. Estás introduciendo algo sobrenatural, Dios, en tu hipótesis. Eso nunca puede ser ciencia.» Su tono ahora es de obstinación.

«Si por “naturaleza” te refieres al mundo espacio-tiempo-materia, entonces tu ciencia ni siquiera tiene cabida para la física cuántica. ¡Debería darte vergüenza! El experimento de Aspect –fotones que se afectan entre sí, sin intercambio de señales, a través del espacio y el tiempo– zanjó ese asunto de una vez por todas.»

Mi científico vuelve a apartar la mirada. Muy oportunamente, su cigarro se ha apagado otra vez. Me pongo de pie. Sé que le he convencido. Los científicos respetan los experimentos objetivos. Ya hemos terminado con uno, el científico materialista; vamos a por el segundo.

En mi imaginación, ahora creo al filósofo escéptico: un varón estadounidense blanco, alto y con la cabeza afeitada; se parece un

---

1. Juego de palabras intraducible; el término inglés *squid* significa calamar o, como plato de cocina, calamares. (N. del T.)

montón a Ken Wilber. Le hablo de mi libro sobre las pruebas científicas de la existencia de Dios, y también de mi encuentro con el científico escéptico. Para mi sorpresa, me pregunta esto: «¿Qué es la ciencia?».

Durante unos momentos no encontré las palabras adecuadas. «Tenemos ideas sobre el ser, a través de nuestra experiencia de los mundos exterior e interior y a través de nuestras intuiciones, que constituyen nuestra filosofía del ser: eso que vosotros los filósofos llamáis *ontología* o *metafísica*. Luego viene el cómo conocemos al “ser”, lo que denomináis *epistemología*, ¿no es cierto? Los científicos teorizan intuitivamente sobre el ser, sacan conclusiones a partir de diversas ideas teóricas y luego someten estas teorías a verificación experimental consensual. La ciencia es una epistemología con dos alas: teoría y experimentación.»

Le miro en busca de aprobación, pero dice con brusquedad: «Muy bonito, sí. Pero lo que estudiáis y descubriste mediante esta ciencia está relacionado con la experiencia manifiesta, algo que vosotros mismos llamaríais efímero, ¿o no?»

Tiene razón, y se lo hago saber asintiendo con la cabeza.

«Así que dime, ¿cómo podéis emplear esta ciencia de fenómenos temporales, ligados al espacio, para probar la existencia de lo que es eterno, de lo que está más allá de todos los fenómenos, de lo que es trascendente? Tu idea es peor que las de los cristianos medievales, que trataban de probar la existencia de Dios por medio de la razón, a causa de tu pretenciosidad científica. Crees que la gente aceptará tu idea porque la envuelves en ciencia, ¿no es cierto?»

Este tipo es arrogante y descreído. Trato de meter baza, pero continúa con voz entrecortada: «Ya conozco ese tipo de pruebas científicas de Dios. Consisten no sólo en redefinir a Dios, sino incluso el materialismo. Eres un holista, ¿verdad?»

En realidad, no soy un holista; y menos aún del tipo habitual, que cree que el todo es mayor que la suma de sus partes o que las creaciones novedosas pueden surgir de componentes simples pero no pueden ser reducidas a ellos. Pero su pregunta ha picado mi curiosidad. «¿Qué tienes en contra de los holistas?»

Me mira con aire despreciativo. «Escucha, como hasta el propio Descartes entendió hace cuatrocientos años, la materia es en esencia reduccionista: el microcosmos compone el macrocosmos. Sugerir que la materia en conjunto, a causa de su complejidad, puede tener características emergentes novedosas es cuando menos absurdo. Crees que Dios es una interconexión emergente de la materia, y que la causalidad descendente de Dios es un principio causal emergente de la materia compleja, pero este género de ideas se refuta fácilmente.» Hace una pausa, mirándome para ver cómo reacciono. Pero, ante mi silencio, prosigue su alocución.

«Por ejemplo, si la idea del holismo fuese aplicable al agua, entonces se pondría de manifiesto cada vez que creamos materia compleja a partir de elementos más simples; es decir, cuando combinamos hidrógeno y oxígeno para formar una molécula de agua. Pero, ¿tiene ésta alguna propiedad nueva que no pueda predecirse a partir de la interacción de sus elementos constitutivos? No. Y, si me dices que la humedad del agua, que todos podemos sentir, es una propiedad emergente de esta índole, te machaco. Nuestra sensación de que el agua moja procede de *nuestra* interacción con las moléculas de agua.»

Intento apaciguarle un poco. «No estoy diciendo para nada que aparezca algo nuevo y holístico cuando combinas hidrógeno y oxígeno para formar agua. En realidad, estoy totalmente de acuerdo contigo en eso. Los holistas pisan un terreno muy peligroso.»

Parece no haber oído lo que he dicho, porque prosigue de este modo: «Si Dios fuera sólo una interconexión emergente de la materia, estaría limitado, atado al tiempo y al espacio. No habría trascendencia, ni iluminación súbita, y desde luego no habría transformación espiritual. Puedes llamar al punto de vista holista “ecología profunda” si quieres; puedes vestirlo con los nombres sofisticados que satisfacen a las mentes mediocres, pero no satisfará a la persona filosóficamente sagaz. Desde luego, no me satisface a mí».

Otra vez muestra su arrogancia. Y el caso es que en esto tiene razón, por supuesto; al menos en lo básico. Así que trato de ser paciente y exclamo: «Tienes razón, ¡oh, gran filósofo! El holismo es un enfoque desesperado del filósofo que valora a Dios pero al mismo tiempo no

quiere renunciar del todo al materialismo. Y tienes razón en que la ciencia nunca podrá encontrar respuestas a la verdad última. La verdad es.

»Pero mira esto, por favor. Los materialistas hacen la afirmación ontológica de que la materia es el terreno reduccionista de todo ser: todo, incluso la consciencia, puede reducirse a unidades básicas materiales, las partículas elementales y sus interacciones. Sostienen que la consciencia es un epifenómeno, un fenómeno secundario de la materia, que es la realidad principal. Lo que yo demuestro es la necesidad de dar un vuelco a la ciencia materialista. La física cuántica requiere que la ciencia se base en la primacía de la consciencia. La consciencia es la razón de todo ser, un ser al que los místicos llaman el Señor. Deja que los materialistas se den cuenta de que es la materia la que es un epifenómeno, no la consciencia.»

«Ya». Mi filósofo permanece imperturbable. «Todo eso suena muy noble. Pero vamos a ver, ¿no te has pasado en el otro sentido? ¿Puedes llamar a eso ciencia, si lo basas en la primacía de la consciencia?»

»Tal como yo lo veo, los científicos estudian el lado objetivo de la consciencia, su aspecto en tercera persona, por así decirlo; el Ello y lo Suyo. Los místicos, y de hecho todos nosotros, nos fijamos en el lado subjetivo: la experiencia en primera persona. El filósofo lo hace todavía mejor, pues considera la vertiente intersubjetiva: el aspecto de la relación en segunda persona. Esto es lo que yo llamo el 1-2-3, los aspectos en primera, segunda y tercera persona de la consciencia. Si extendemos el estudio de ésta desde lo puramente científico y objetivo para incluir también los otros aspectos, obtenemos un modelo completo de cuatro cuadrantes (figura 3-1, página 65). El problema de la consciencia está resuelto, y sin necesidad de la física cuántica ni de tu nuevo pensamiento paradigmático sobre la ciencia.»

Me ha dejado bastante sorprendido. A su manera, este tipo es duro de pelar. A pesar de todo, consigo articular esto: «Eso está muy bien. Describe el fenómeno como fenomenología; es impecable. Sin embargo, el modelo no integra los cuatro cuadrantes.»

Pero él replica con petulancia: «Ése es precisamente mi argumento y el del místico. Para integrarlos, tienes que trascender de la ciencia, de la razón, para alcanzar estados superiores de consciencia.»

Ahora me toca a mí ponerme duro. «Ésa es una postura elitista y tú lo sabes. Los místicos siempre han dicho que para conocer la realidad hacen falta estados superiores de consciencia. Y luego le dicen a quienquiera que los escuche: “Sé bueno. Porque yo he experimentado estos estados superiores y sé lo que te conviene”. Pero, ¿ha funcionado alguna vez esa estratagema?

«Si funciona hasta cierto punto es porque ser buenos forma parte de nuestra naturaleza; de ahí el atractivo de las religiones. Pero las bajas pasiones también son parte de nuestra naturaleza; de ahí que el materialismo nos atraiga también. Y esta pugna misticismo-materialismo se prolonga en lo público y en lo privado.»

«Entonces, ¿qué es lo que propones?», me pregunta.

«La física cuántica nos permite desarrollar una integración dinámica de la metafísica espiritual y la ciencia del mundo material. Conserva el misterio del misticismo, de la realidad última. Pero permite a la razón penetrar lo bastante para entender la integridad de tu consciencia 1-2-3», respondo con gravedad.

Mi filósofo se muestra ahora respetuoso. «¿Cómo contribuye esa redefinición cuántica de la ciencia a determinar la existencia de Dios de modo que todo el mundo, científicos incluidos, acepte la idea y trate de ser bueno?», me pregunta.

«¿Recuerdas mi conversación con el científico?» Me doy cuenta de que ahora gozo de toda su atención. «Dios es la consciencia cuántica; está un nivel por debajo del nivel absoluto de consciencia como la razón de todo ser. Se pueden hacer en este punto pruebas científicas objetivas y experimentales; pero no para probar a Dios directamente, sino para probar su poder de causalidad descendente que manifiesta no sólo el mundo material, sino también los niveles sutiles. También estamos encontrando sólidos datos objetivos de la existencia de lo sutil. Esta verificación experimental objetiva es la que convencerá a todo el mundo y nos llevará a un cambio de paradigma. Supongo que estás de acuerdo, ¿no?»

«¡Vale, vale! Sin duda será interesante leer lo que has preparado», dice con un aire de suficiencia. Necesita ser quien diga la última palabra; me doy cuenta de ello y me despido de él.

Ya van dos, y nos queda el tercero: el teólogo cristiano. Procuero crearlo con sumo cuidado, con el atuendo apropiado y todo lo demás. Para mi sorpresa, resulta ser una mujer. El mundo está cambiando, no hay duda; aún hay esperanza para Dios.

Saludo a mi teóloga. Le comento el título de mi libro y le hablo también de mis encuentros con el científico escéptico y el filósofo. Se ríe por lo bajo, bastante comprensiva ella; pero de pronto su sonrisa desaparece y empieza a hablar atropelladamente.

«Ya sabes que simpatizo con tu causa, pero mi escepticismo viene de nuestra experiencia con los materialistas. No los subestimes; te comerán vivo.»

«Ya veo que te comieron viva a ti.» No puedo evitar burlarme un poco. «Pero tú sabes por qué, ¿a que sí? No te tomas la ciencia en serio, sea materialista o no. Tuvieron que pasar cuatrocientos años para que los papas admitieran a Galileo, y una década más para que reconociesen a Darwin. Y los fundamentalistas de tu estilo seguís combatiendo la idea de la evolución con uñas y dientes. Pero nosotros nos tomamos a los materialistas muy en serio y con todo respeto; somos justos con ellos. La nueva ciencia incluye la ciencia materialista.»

«Muy bien, muy bien», dice mi teóloga. «Pero *tu* inclusión de *su* ciencia no les complacerá, ya lo sabes. Quieren ser exclusivos.

»Cuántas veces no habremos intentado acorralarlos basándonos en las lagunas de su ciencia, tratando de probar en ellos la existencia de Dios y la causalidad descendente. Pero los materialistas siempre han podido frustrar nuestros esfuerzos y reducir esas lagunas.»

«Tenemos pruebas de más peso que la teología intersticial...»

Me interrumpe a mitad de la frase. «Ya sé, ya sé. Nosotros también tenemos pruebas de peso. Y hermosas, como los argumentos esgrimidos en primer lugar por William Paley o los de los actuales teóricos del diseño inteligente. Si la intencionalidad no es una signatura de lo divino, ¿entonces qué es? Si ves un bonito reloj en un bosque, ¿cómo puedes no ver un propósito, cómo puedes ignorar al diseñador, al relojero? De igual modo, ¿cómo puedes ver las maravillosas criaturas vivientes de la naturaleza y no preguntarte acerca del propósito de Dios, y acerca de Él, el Gran Diseñador?

»¡Pero el filósofo Herbert Spencer y, hace poco, el biólogo Richard Dawkins han dado la vuelta a los argumentos del diseño inteligente! La intencionalidad del mundo biológico es mera apariencia, dicen. No una signatura de teleología, sino mera teleonomía, y su propósito es el resultado de la adaptación darwiniana. Dawkins incluso escribió un libro llamando a Dios *El relojero ciego*. Y otro titulado *El espejismo de Dios*, como si llamar a Dios espejismo hiciera que lo fuese. Pero encima la gente apoya sus ideas. Incluso algunos jueces.»

En realidad, la última afirmación no es del todo cierta. Aunque un juez federal estadounidense prohibió en 2006 la enseñanza del diseño inteligente en las escuelas, se debió a que la causa del diseño inteligente todavía es débil. Uno de mis objetivos con este libro es corregir eso.

El hecho es que muchos científicos han visto la debilidad de los argumentos de Dawkins mediante cálculos probabilísticos que ponen de relieve la improbabilidad de que la vida se origine a partir de la materia por la acción exclusivamente del azar ciego y la necesidad de supervivencia, como pretende Dawkins. Pero esta discusión nos apartaría del tema central, así que procuro retomarlo.

«Tu principal problema es que la imagen de Dios que describes es tan ingenua que resulta muy fácil de echar por tierra, y Dawkins y otros materialistas se han dedicado a ello a sus anchas. Siempre usan el Dios del cristianismo popular como un Dios de paja para hacer sus puntualizaciones. ¡Déjales que usen las nociones esotéricas de Dios y veamos si pueden refutarle a Él por medio de argumentos materialistas!

»Pero estoy proponiendo más que eso. Hablemos de las signaturas de lo divino. Te encantará saber que tenemos un nuevo camino infalible para descubrirlas.»

«¿Cómo es eso?» He conseguido atravesar la barrera de escepticismo de mi teóloga. Ahora se muestra abiertamente curiosa.

«Ya ves, señorita, vosotros los teólogos veis las signaturas de lo divino en las lagunas del entendimiento científico. Y no es mala idea, en sí. Os respeto por ello. Pero habéis fallado a la hora de discriminar entre unas lagunas que son, al menos en principio, posibles de cubrir por medio del enfoque materialista de la ciencia y aquellas otras lagunas que son insalvables de este modo. Os habéis quedado a medias.»

«Tal vez tengas razón. Pero ¿cuál es tu alternativa?»

«Discriminar. Nos concentramos en esas lagunas que son imposibles de llenar mediante un enfoque materialista. Yo las llamo las “cuestiones imposibles para el materialismo”. Y hay más.

»La aplicación de la física cuántica nos proporciona otra clase de signatura de lo divino: la consciencia cuántica. Un ejemplo de ella es la inspiración discontinua de la experiencia creativa, una discontinuidad que hoy día identificamos como un salto cuántico de pensamiento. Y hay otras signaturas: la interconexión no-local que opera sin señales a través del espacio-tiempo.

»Estas signaturas cuánticas están escritas con tinta indeleble; no pueden ser borradas o descartadas mediante racionalización por ningún camelo materialista.»

«¿En serio? Eso es increíblemente esperanzador. Pero tengo que preguntarte esto: ¿cómo considera tu nuevo enfoque a Jesús? ¿Reconoce su carácter especial?»

«Por supuesto. Jesús es muy especial. Es una persona perteneciente a una categoría muy especial: los seres perfeccionados.»

Mi teólogo se pone meditabunda. «¿No suscribes la idea de que Jesús es el Unigénito de Dios?»

«No. Pero me atengo a la segunda mejor opción. Demuestro que las personas de la categoría a la que perteneció Jesús tienen todas ellas acceso regular a un estado de consciencia superior –llámalo el Espíritu Santo– que es en verdad el Unigénito de Dios.»

«Eso es muy interesante. Me recuerda cierto nuevo pensamiento paradigmático dentro de la propia teología cristiana.»

«Efectivamente.»

He aquí el libro. Trata de Dios –la consciencia cuántica–, de un nuevo paradigma de la ciencia basado en la primacía de la consciencia, y de signaturas cuánticas de lo divino verificables científicamente que no se pueden descartar por racionalización. Trata del sentido y el propósito de nuestros viajes espirituales, y del sentido y el propósito de la evolución.

Durante milenios, los seres humanos hemos intuitido a Dios y hemos buscado. Lo que hemos encontrado nos ha inspirado a ser bue-

nos, no violentos y cariñosos. Pero la mayoría de nosotros no ha logrado vivir de acuerdo con nuestras intuiciones de cómo ser bueno, de cómo amar. En nuestra frustración, nos hemos puesto a la defensiva; nos hemos convertido en creyentes que tienen que defender la idea de Dios como excusa por la incapacidad para vivir de acuerdo con esa idea. Esto nos ha llevado al proselitismo religioso, el fundamentalismo e incluso el terrorismo; y todo en el nombre de Dios.

La ciencia moderna ha surgido del esfuerzo para liberarnos de la tiranía del terrorismo religioso. La Verdad, por supuesto, es la Verdad, así que era inevitable que la ciencia redescubriese ahora a Dios. Por desgracia, dudo que esto por sí solo allane mucho las dificultades de vivir los ideales de Dios.

De modo que, ¿corremos peligro otra vez de crear un dogma que tengamos que defender por el sentimiento de culpabilidad de no ser capaces de vivir de acuerdo con sus requerimientos? Espero que no.

Una ventaja de la impía ciencia materialista es que, hasta cierto punto, es neutra en términos de valores; no obliga a nadie a vivir de acuerdo con ningún ideal. De hecho, anima a la gente a convertirse en existencialistas descreídos y a darse al consumismo, puede que al absoluto hedonismo. Por supuesto, eso también crea el vasto páramo de potencial humano desaprovechado que vemos hoy día a nuestro alrededor.

La nueva ciencia dentro de la consciencia nos aporta una nueva comprensión de dónde han fracasado las religiones, las antiguas defensoras del concepto de Dios. Las signaturas cuánticas de lo divino nos dicen de forma inequívoca lo que necesitamos para comprender a Dios en nuestras vidas, por qué fallamos y por qué escondemos nuestro fallo convirtiéndonos en activistas del fundamentalismo. Si haces caso de las signaturas cuánticas de lo divino, de la importancia de los saltos cuánticos y el conocimiento no-local, tienes otra opción. Yo la llamo *activismo cuántico*.

El activismo normal se basa en la idea de cambiar el mundo que te rodea sin cambiar tú mismo. En cambio, los maestros espirituales nos dicen constantemente que deberíamos concentrarnos en nuestra propia transformación y dejar el mundo en paz. El activismo cuántico

te invita a seguir el camino intermedio. Reconoces la importancia de tu propia transformación, y recorres el camino transformacional afanosamente, a pesar de las dificultades del salto cuántico y de la exploración no-local; pero no dices que se trata sólo de transformación. También prestas atención al holomovimiento de la consciencia que está evolucionando en el mundo que te rodea y lo promueves.

Así pues, finalmente, el libro es también una introducción al activismo cuántico. Huelga decir que yo mismo soy un activista cuántico. De modo que, querido lector, ¡bienvenido a mi mundo!